

Acerca del comienzo de las crónicas

Por Claudia Bernazza

La lectura y el arte en general contienen, lamentablemente, esta arbitrariedad. Cuando uno lee la Divina Comedia, por ejemplo, salta de círculo en círculo con agilidades de gato montés; los gritos infernales se suavizan por la prudente distancia que nos separa de las minúsculas letras sobre la hoja avejentada y el monstruo muerde eternamente a traidores lejanos.

Sócrates se defiende de un juicio mentiroso en la pulcra Atenas, es víctima de las contradicciones de hombres cultos y poderosos, pero acepta la muerte y el descrédito sin irritarse. El juicio ha sucedido tantas veces y en tantos idiomas a lo largo de los siglos, que ya no nos preocupa saber que la primera vez tuvo lugar fuera de las crónicas platónicas.

Se aleja el Gólgota y los clavos sobre las palmas de las manos, se enfría la sangre que corre bajo la piel de los condenados, y en las imágenes no se deja oír el grito de los crucificados de cualquier origen.

San Esteban ya no gime bajo infinitas piedras.

Santa Juana cambió incómodas llagas por una lánguida mirada de actriz de Hollywood.

Cada vez menos. Más suaves los dolores y más tenues las palabras.

Hasta que un buen día fluye nuestra sangre.

Del costado, de las palmas, de las llagas.

Exigimos una solución inmediata y allí comienza nuestro calvario.

Las hojas amarillentas ya lo habían anunciado. Pero claro, la crónica comienza escrita sobre piel.

Mal que nos pese.

Berzategui, 1993.